



BIBLIOTECA

DRAMÁTICA.

COLECCION DE COMEDIAS

REPRESENTADAS CON ÉXITO

EN LOS TEATROS

DE MADRID.



BIBLIOTECA DRAMÁTICA.

DOS NOCHES

Ó UN MATRIMONIO POR AGRADECIMIENTO.

Comedia en dos actos, escrita en francés por el célebre SCRIBE, y arreglada á la escena española por D. DIONISIO SCARLATTI y ALDAMA, para representarse en Madrid el año de 1848.

PERSONAJES.

REGINA DE VOLVERG.

ELISA, camarera.

ROGER, soldado.

SILVESTRE, mercader de paños, y alcáide de la ciudad.

LA CONDESA DE LICHESTEINSTEN, tía de Rejina.

Soldados, criados, pueblo.

El acto primero pasa en Dunkerque (Francia) y el segundo en Moravia. (Alemania.)

ACTO PRIMERO.

Sala elegante: en el fondo balcones con los cristales cerrados. Puertas laterales y en el fondo á la izquierda del espectador, una puerta pequeña que dá á la calle frente á la de un gabinete. Mesa, un piano, y varios sillones. En primer término una chimenea con un reloj sobre su cornisa.

ESCENA PRIMERA.

REGINA, ELISA.

EL. Señorita qué tenéis?

(Elisa está sentada haciendo labor: de cuando en cuando mira á Rejina que se pasea con agitación.)

No me oye! Esto es extraordinario! Si no puede sosegar en ninguna parte.

REG. (ap.) Cada momento que pasa se aumenta mi terror.

EL. (viendo que Rejina acaba de abrir la venta-

na.) Que imprudencia! Está amenazando la tempestad, y abre la ventana!

REG. (Después de haber mirado un momento por la ventana, cierra y vuelve á la escena.)

En vano entre el silencio de esa desierta calle espero oír el ruido de sus pasos; el tiempo vuela... pero él no viene. Dios mío, dignaos reservarle toda la felicidad que destináis para mí!

EL. Cuanto sufris, señoral

(deja la labor y se aproxima á Rejina que se arroja sobre un sillón sumamente abatida.)

REG. Si, es verdad: voy á morir.

EL. Oh!... no á fé mía. (señalando á la cabeza.)

No es solo en el corazón en donde existe nuestro mal.

REG. (levantándose con viveza.) Imprudente!

EL. Por qué desconfiáis de mí? En estos aciagos tiempos de revueltas, sé muy bien que en Francia puede temerse todo; pero no de parte de los que os aman desde la infancia, y viven de vuestros beneficios.

REG. (atargándola la mano) Ah! dices bien.

EL. Demasiado adivino la causa de vuestra inquietud. ¿Esperais á un galau?

REG. ¿Puedes creer?...

EL. Perdonadme; pero yo creo que no puede esperarse cosa mejor.

REG. Ya lo sabrás todo.

EL. Cuanto me alegro!

REG. Si, á tí únicamente, amiga mía, haré esta confianza.

EL. Que felicidad! (ap.) Lo voy á saber todo!

REG. Espero esta tarde... (se oye de pronto una música militar.) ¿Oyes, qué será esto?

ELI. Nada: algún regimiento que pasa á la frontera, ó que tal vez viene á aqui de guarnicion.

REG. (ap.) Terrible contratiempo!

ELI. Qué tenéis?

REG. Dejame!

ELI. Me parece que llaman...

REG. (apenas puede sostenerse.) Ah! si será él? Estoy muerta de temor; (á Elisa.) ve á abrir... tienes miedo?

ELI. No, señorita: vos si que estais temblando; lo estoy viendo y esto me obliga á temblar tambien.

REG. Ve á abrir.

ELI. Ya voy.

ESCENA II.

REGINA, ELISA, SILVESTRE.

ELI. Es el señor Silvestre, el municipal...

REG. El alcalde de la ciudad?

ELI. Esto no impedirá que ceneis, porque es ya la hora. (sale Silvestre.)

REG. Haz que me sirvan, aqui al lado del fuego. (vase Elisa.) Me buscáis á mi, señor alcalde?

SIL. Si, señorita: yo mismo diria, señorita duquesa y duquesa de Volberg, aunque no esté ya en moda; pero ahora... estamos solos... no pueden oírnos...

REG. Por qué estais agitado, y por qué se escucha aqui esa banda militar?

SIL. En cuanto á la última parte de vuestra pregunta debo decir, que no os asustéis: esa banda es de un regimiento que ha llegado, no es otra cosa. Grippardin, mi adjunto, está repartiendo en este momento las boletas de alojamiento. Si, es un regimiento de infantería que pasa por aqui, hácia la frontera del Norte, en cuyo sitio todos los dias se estan batiendo... Esto es muy fastidioso! pero en cambio los pobres conscriptos, jóvenes todos de diez y ocho años, están en un estado que... si dá compasion! cuasi desnudos; y esta es una ventaja para el comercio.

REG. Y como vos sois mercader de paños...

SIL. Oh! el mas rico mercader de paños de la ciudad de Dunkerque; y en mi cualidad de alcalde trato de hacerme á mi mismo un pedido para el vestuario de las tropas.

REG. Y quién pagará?

SIL. El pueblo, de un impuesto extraordinario, por medio de un donativo patriótico y voluntario.

REG. (sonriendo.) Ya entiendo! venis á pedir que me suscriba?

SIL. Mas tarde... no os diré que nó: pero en este momento, señorita... mi mision es mas delicada, mas grave y... ved lo apurado de mi situacion. El anciano duque de Volberg, vuestro padre, tiene posesiones inmensas en Francia y en Alemania: vuestra familia es la mas persegui-

da y sobre todo, la mas rica de todo el pais; y esto es una injusticial..

REG. Que vos y los vuestros habeis atenuado mucho, confiscando la mitad de nuestros bienes.

SIL. Y por qué? Porque una parte de vuestra familia está emigrada; está en Austria.

REG. Si, pero yo estoy aqui!

SIL. No importa! Eso no impide que esteis considerada como sospechosa; y aunque se suponga en vos la intencion de reunirlos á ellos: por esto se tiene en vos fija la vista. No obstante, podeis vivir sin cuidado, puesto que estais querida, y tenéis aqui protectores.

REG. Protectores! y si no ahí estais vos que todo lo desafiarias por mi en un caso. ¿No es así?

SIL. Sin duda alguna; en tanto que yo no ariegase nada, porque primo miki, ó lo que es lo mismo, la caridad bien ordenada comienza por si propio, y sigue... por los demas. Pero escuchad el apuro en que me encuentro. Para inspeccionar nuestra ciudad de Dunkerque y para escitar y reanimar el entusiasmo patriótico que aqui, para entre nosotros, se vá debilitando demasiado, ha llegado de Paris, en posta, una de las primeras autoridades de la nacion: un hombre de fama... terrible! Así es que yo le he recibido con los brazos abiertos, y temblando de los pies á la cabeza.

REG. (sonriendo.) Sois muy medroso?

SIL. De nacimiento.

REG. Y por costumbre...

SIL. Por costumbre y de nacimiento: estas dos circunstancias son las únicas que me impiden ser valiente. (Elisa entra con una bandeja y en ella todo lo necesario para la cena de Regina, y lo va colocando junto á la chimenea.) Estais, señorita? Así se conserva uno mejor, y dura mucho mas.

REG. Os comprendo perfectamente. Y ¿cuáles son las medidas que en este momento reclama vuestra conservacion.

SIL. Ahí está el *busitis* de mi visita. Se trata de festejar de una manera digna á la autoridad de la nacion; y á mi, como autoridad local, corresponde obsequiar á aquella... por un dia solamente, porque á Dios gracias, mañana se larga. Esta noche se le debe dar un baile, un baile magnifico...! de entusiasmo...!

REG. Ya estoy.

SIL. Pero es el caso que no tengo en donde darlo. La gran sala de la alcaldia no admite mas que una docena de personas; en la casa de nuestra primera notabilidad tampoco hay terreno, en nuestra mejor fonda y en su salon de cien cubiertos no caben mas que veinte y cinco y apretaditos.

REG. Que fatalidad!

SIL. En tal apuro me acordé yo de vuestra casa, que es la mas bella de Dunkerque.

REG. Dios mio. (ap.)

SIL. ¡A magnífica galeria mandada construir por vuestro padre, iluminada y adornada con guirnaldas de flores y coronas de encina, presen-

lará esta noche un golpe de vista magnífico.
REG. (*asustada.*) Esta noche!.. Es imposible, imposible, señor alcalde.

SIL. Y por qué ha de ser imposible?

REG. Mi nombre... mis opiniones...

SIL. Razones en abono de mi deseo. Cuando uno piensa de una manera, es una gran ventaja poder aparentar que piensa de otra.

REG. (*elevando la voz.*) Yo! la hija y la hermana del duque de Volberg!..

SIL. Quereis callaros? Si hablais de esa manera os desconoceré, y creeré no haberos visto nunca: porque me dareis miedo, y á mi el miedo me vuelve feroz, y me hace capaz de todo..!

REG. (*atemorizada.*) Ah! Dios mio!..

SIL. Tranquilizaos; y considerad que este favor que vais á hacerme, os le haceis á vos misma, porque asegura vuestro sosiego.

REG. Creéis?.. (*con inquietud.*)

SIL. Y últimamente, esto que pido puedo tomarlo legalmente y por una decision del consejo municipal, poniendo en requisicion vuestra sala de baile; pero entonces estabais perdida, porque haciendo esto por órden de la autoridad, no habia mérito de vuestra parte, antes bien...

REG. (*con vivacidad.*) Ah! tenéis mucha razon, y os doy gracias; si, consiento, señor alcalde, consiento en ello: pero en la situacion en que me encuentro, será imposible que me dedique como quisiera, á dirigir los preparativos...

SIL. De nada habeis de ocuparos, y todo estará pronto. La orquesta de baile se compondrá de la banda del regimiento, que acaba de llegar; en cuanto á las guirnaldas y coronas, al banquete, los refrescos... al entusiasmo... yo proveo á todo, es decir, la ciudad. Repito que no tenéis que ocuparos de cosa alguna, si no de hacer los honores de la casa, de lo que os resultará no muy grande y á mi tambien, porque se hablará de esta fiesta en el Diario del departamento, y despues de esto yo espero que nos dejarán en paz por algun tiempo: la verdad sea dicha, estas ceremonias me causan tanto placer como .. miedo. Adios señorita; vuelvo dentro de una hora. (*vase.*)

ESCENA III.

REGINA y ELISA. *Al acabarse la anterior escena concluye Elisa de poner la mesa.*

REG. (*apoyándose en el respaldo de una silla.*) Dios mio, que situacion!

ELI. Pero, señorita, qué tenéis? Os encuentro trémula, turbada!..

REG. Estoy mortal! /

ELI. Como el señor Silvestre gana en la fiesta, según parece...

REG. Ay! Elisa... (*á media voz.*) Está espuesta la vida de alguno...! tal vez la mia!..!

ELI. Qué estáis diciendo!

REG. Tú no sabes á quién estoy esperando?... aguardo á un proscrito, á un *vandeano*... á mi hermano, el duque de Volberg!

ELI. Es imposible! Y yo que tanto deseo verle, porque no le conozco...

REG. No es facil, porque será la primera vez que viene á esta casa; y en qué circunstancias, Dios mio! Hace dos años que estamos separados: dos años durante los cuales ha desaliado todo género de peligros, y por temor de aumentar los míos, apenas se ha atrevido á darme noticias suyas. Las últimas que he recibido, son desastrosas: su division ha sido derrotada; y él mismo perseguido, fugitivo y errante, ha escapado milagrosamente y ha luchado inutilmente durante dos meses para ver de aproximarse á las costas y embarcarse.

ELI. Es tan activa la policia!

REG. Sin embargo de todo, yo estoy preparada para facilitar su fuga. Uno de nuestros mas fieles y antiguos criados, que es piloto, el viejo Jorge, debe partir al romper el alba en una barca de pescar, acompañado de Andrés su hijo.

ELI. Y bien...

REG. Andrés ha estado á prevenir á mi hermano que se halla en una casa de campo distante seis leguas de aqui, á fin de que esté pronto. Hoy, al caer la noche, se pone en camino para procurar hallarse en la ciudad, antes de que cierren las puertas y... vá á llegar.

ELI. A aquí?

REG. Pues á donde? ¿qué otro asilo puedo ofrecerle? Debe estar escondido una parte de la noche, y antes del dia vendrá Andrés á buscarle para conducirle á la chalupa, y en ella llevarle á alta mar.

ELI. Perfectamente.

REG. Sin duda alguna: pero este baile... esta fiesta patriótica que no he podido preveer!.. Como he de hacerle entrar misteriosamente, y cómo he de ocultarle en una casa dentro de la cual van á reunirse doscientas personas?

ELI. Tanto mejor, porque nadie parará la atencion en una mas. ¿Quién ha de imaginar que en semejante noche dais asilo á un proscrito? Esto no puede ocurrirle á nadie.

REG. Y yo que no deseaba mas alegre fiesta que recibir á mi pobre hermano! Es tan desgraciado, como bueno y amable: tú le amarías como yo, si le conocieses; y por otra parte hace tanto tiempo que no tengo el gusto de abrazarle!

ELI. Y á qué hora de la noche le esperais?

REG. De un momento á otro. Ya debia estar aqui!

ELI. Y por donde debe llegar?

REG. (*señalando la puerta del fondo, á la izquierda.*) Por esta puertecita que dá á una calle desierta.

ELI. Muy bien: él entrará por la puerta pequeña, en tanto que los convidados entran por la principal. Vamos, señorita; id á prepararos para recibirlos, y hacer los honores de casa:

tumbre; entre tanto yo espero aquí, por si vuestro hermano llega.

REG. Pobre jóven! Seis leguas á pie... estaré muy cansado y tendrá frío; enciende un buen fuego y dale de cenar.

ELI. Ahí está vuestra cena; estad tranquila, que le recibire como al hijo de la casa. Andad, no vengan algunos y sospechen...

REG. Nada de luces: que no se note cosa alguna fuera de lo acostumbrado.

ELI. No tengais recelo.

REG. Y sobre todo una buena cama... la mejor... la mia.

ELI. Poco podrá dormir.

REG. No importa: una hora ó dos bastan para que cobre algun vigor. Mira, Elisa, luego que haya llegado ve á avisarme.

ELI. Para que á vuestra turbacion se añada la emociion que es natural, y todo el mundo se aperceba de que ocurre algun acontecimiento extraordinario?

REG. No, no; no me dirás nada... nos conven-dremos en una seña cualquiera. Entrarás en la sala de baile y me presentarás un azafate de frutas... un vaso de agua y... te comprenderé. A poco rato, bajo cualquier pretexto, saldré del salon.

ELI. Yo juzgo que todo eso es poco prudente, espuesto.

REG. Será un minuto, un momento; el tiempo necesario para darle un abrazo y volver al salon. Oh! no temas que me detenga aqui, porque seria peligroso en estremo: pero sin esto no podré sosegar.

ELI. Como gustéis.

REG. No temas; yo me moderaré y estaré sobre mi, teniendo despues el necesario sufrimiento para esperar que todos se retirén.

ELI. Escuchad... me parece que llega... ó serán ya algunos convidados...

REG. No lo creo aun.

ELI. Os digo que sí. Vamos, señorita, marchaos pronto.

REG. Tu cuidarás de él, ¿es verdad?

ELI. Como vos misma. (*Regina sale por la puerta de la derecha.*)

ESCENA IV.

ELISA enciende la chimenea.

Pobre señoral No dudo que estará inquieta, porque á mi misma me ha producido un efecto extraordinario el considerar que de un momento á otro va á llegar (*llaman.*) á esa puerta y... Pero ¡Dios me valgal... han llamado: sin duda será él. (*Elisa va á abrir.*)

ESCENA V.

ELISA, ROGER.

ELI. (*empieza á hablar al tiempo de abrir la puerta.*) Pasad adelante, señor; no os detengais.. (*mirando á Roger.*) Calla! viene vestido

de solladol! Hace muy bien, porque es el traje que mas se respeta ahora.

ROG. La señorita de Volberg...

ELI. Silencio! Aqui vive.

ROG. (*en voz alta y dejando sus armas y mochila.*) Quisiera...

ELI. Callaos! Yo estoy encargada por ella de recibiros.

ROG. A mi! sabiais que iba yo á venir?

ELI. Vaya si lo sabial

ROG. (*admirado.*) Estais segura de ello?

ELI. Os digo que habreis bajo: si os oyesen...! Vamos; alli tenéis la cena que os espera... alli, al lado de una buena lumbre. Un hermoso pollo y una magnífica botella de excelente Burdeos!

ROG. A la verdad que no me falta hambre.

ELI. Silencio! Estais muy fatigado?

ROG. Bastante!

ELI. Alli tenéis el gabinet de mi señora; y alli está su cama que ha querido cederos.

ROG. Conio!

ELI. Pero y estas luces! Que imprudente soy! (*apaga las luces.*)

ROG. Galla! Nos hemos quedado á oscuras... ¿Se puede saber qué es lo que queréis hacer?

ELI. Silencio, por Dios! Comed, bebed, y sobre todo calentaos bien, porque se conoce que estais helado. (*siempre en voz baja.*) Quedad con Dios!

ROG. Pero al menos decime...

ELI. Con Dios! No tengais miedo! nada! Como en vuestra propia casa; asi lo quiere mi Señora con harta razon: yo voy á prevenirla. (*va-se Elisa*)

ESCENA VI.

ROGER.

Pues señor, sea quien quiera, es una excelente señora, y no en vano decian que en esta casa debian alojarse gefes y no soldados; pero que por mortificarla... Yo me felicito por ello. Nosotros, pobres soldados de infanteria, no estamos acostumbrados á semejante recibimiento. He llegado á aqui, no muy contento por ciertas noticias, con la boleta que el señor Adjunto me ha dado en la Alcaidia, y esperaba hacer el papel que de ordinario hacen los defensores de la patria cuando van á alojarse en casa de los ciudadanos. Pero en vez de esto encuentro una linda camarera que me está esperando; la señora de la casa que ha preparado cena, y su propia cama para el pobre militar y... pero esto es extraordinario... es demasiado, y no pasaré por ello. En cuanto á este excelente fuego que me reanima, y en cuanto á la cena y el rico Burdeos... pase! (*tocando el plato en que está el pollo.*) En los tres meses que llevo de soldado, no he topado cara á cara un enemigo como este, y... juro no sufrir que esté mucho tiempo delante de mi. (*reanima la llama de la chimenea.*) Yo no veo gota,

pero no importa; en cambio percibo perfectamente de donde viene el exquisito perfume que exhala el pollo. Contentémonos con esta luz, y probemos la cena. *(corta un alon al pollo y le prueba.)* Esquisito! *(empieza á tocar la orquesta del baile.)* ¡Callal en la habitacion contigua suena una orquesta completa! Esto será durante mi cena: vaya que nada falta! Yo no sé donde estoy, creo que sueño y temo despertar antes de haber cenado: concluyamos. *(se quita el chacó y no teniendo cerca ningun mueble, le coloca en le suelo cerca de la chimenea.)* Es particular que cuando nada me escasean, sea esta generosa señora tan avara de luz! Ella se entenderá! *(se sienta á cenar.)* No, pues... para ser sueño, sabe perfectamente este pollo, y no tiene nada de fantástico. *(bebe.)* Tampoco es imaginario el riquísimo vino que reanima mi espíritu, y dá á mi corazón una dulce alegría.

ESCENA VII.

REGINA *(Regina viene de puntillas siguiendo la luz de la chimenea, y abraza á Rogé por la espalda. El quiere hablar, pero Regina le tapa la boca con la mano y dice.)* ROGER.

REG. ¡Callate!.. ¡callate, por Dios, y ten paciencia en tanto que se marchan: entonces vendré yo y pasaremos juntos el resto de la noche. *(impidiéndole hablar.)* ¡Callate... Adios! *(desaparece por la puerta por donde entró; la orquesta que toca piano, vuelve á tomar fuerte el primer motivo.)*
 Rog. Eh!.. ¡niña!.. Nadal.. cuanto cariños! Es imposible que no haya aquí alguna equivocacion, y que no pare en... ¡En qué ha de parar! En volver mañana á oír los tambores y clarines; pero no nos ocupemos mas que de hoy, y aguardemos á mañana con tranquilidad. *(viene Elisa, con una bujia encendida que deja en el suelo, á la puerta.)*

ESCENA VIII.

ROGER y ELISA.

Rog. Ya vuelvel.. No, es la jóven camarera que por cierto es muy linda... pero en este momento...

ELI. Señor, no podeis quedaros aquí.

Rog. Por qué?

ELI. Porque han determinado esos señores pasar á esta sala en los intermedios de las contradanzas; y la señora me manda avisaros para que no os vean.

Rog. ¿Y en dónde me escondo?

ELI. Allí; en su alcoba.

Rog. Te burlas!

ELI. No os he dicho ya que así lo ha dispuesto la señora?

Rog. Eso es diferente; si ella lo ha dispuesto, obedezco, y dila de mi parte que deseo infinito que vuelva.

ELI. Vaya! pues no lo desea ella menos! Por su gusto, ya se hubiera marchado todo el mundo.
 Rog. De veras? Eres una chica encantadora! *(la abraza.)*

ELI. Vamos, aprisa; escondeos. *(Roger se dirige á la habitacion de la izquierda.)*

Rog. Dirijemel.. yo no conozco esta habitacion y no veo gota.

ELI. *(le alarga la mochila y el toma las armas.)* Que olvidais vuestro atalaje!..

ESCENA IX.

ELISA.

A estos señores se les conoce en seguida, porque tienen tan buenas maneras! Con que gracia me ha abrazado! Y quieren nada menos que suprimirlos. Pero ¿quién viene? *(mirando á la derecha.)* Ah! Es el señor Silvestre, un mercader de paños, un ciudadano; ¡que diferencia entre uno y otro!

ESCENA X.

REGINA, SILVESTRE, ELISA.

REG. *(dice ap. al entrar.)* Gracias á Dios! ya no está aquí!

SIL. Y por qué, señorita, tenéis ese aire inquieto, que he observado en vos toda la noche?

REG. *(esforzandose á reir.)* Como ahora, por ejemplo?..

SIL. Si; de veras que no estais hoy como acostumbraís.

ELI. *(ap. mirando á Silvestre.)* Qué imprudentel

SIL. Y cuidado! que ha estado todo perfectamente. El feroz próconsul ha ido encantado de vuestra amabilidad, de vuestro salon y de mi patriotismo; así es que me ha dicho dándome en la espalda con una fuerza de... dromedario, *(esto en él es una gracia...)*

ELI. Que os ha causado miedo..? *(durante el resto de la escena, Elisa retira los restos de la cena de Roger por la puerta de la derecha.)*

SIL. Es verdad: pero me ha dicho que mi demanda sería concedida.

REG. Cuál?

SIL. La contrata de los vestuarios para los ejércitos del norte; honrosa provision, que me proporcionará la apreciable conjuntura de deshacerme de todos los paños mas malos, porque para ir á recibir balazos, todos los jéneros son buenos. A vos deberé mi fortuna, á vos... y al ciudadano representante, el que para colmo de su bondad acaba de largarse de aquí con viento fresco.

REG. Ya lo he visto y he respirado.

SIL. Tambien yo.

REG. Y cómo se ha retirado tan temprano?

SIL. Si he de deciros la verdad, le habeis hablado con tanta gracia, y con tanta buena manera, que le habeis vencido... le habeis derrotado, y por no abusar de tanta amabilidad, ha apro-

vehado, para marcharse, el primer pretexto que se le ha presentado.

REG. Cuál?

SIL. Un hombre sospechoso y disfrazado ha estado largo rato rondando los alrededores de esta casa; pero sin duda atemorizado con el ruido de la fiesta se ha alejado, dirigiéndose hácia el puerto, (*Regina se esfuerza para disimular su turbacion.*) según unos dicen; porque otros pretenden que ha entra aquí por esa puercecita; cosa que no es probable, porque á ser cierto vos lo hubierais sabido.

REG. Es verdad!

SIL. Estáis segura de que ningún extraño ha venido por este lado de la casa?

REG. Nadie, absolutamente.

SIL. A saberlo deberiais decirlo, en defensa de vuestros mismos intereses; porque dar asilo á un hombre sospechoso, es dar asilo á un extraño para esponerse á sí propio. Oh! al mejor de mis amigos que se presentára en mi casa en circunstancias análogas, le diria; «Te quiero infinito, pero tengo miedo; y cuando tengo miedo no teago amigos.»

REG. Teneis razon; y os repito que ninguna persona extraña ha venido á esta casa.

SIL. (*tomando tambien una silla y viendo el chacó que ha dejado Rojer en el suelo.*) Pues lo dudo, lo dudo, no obstante lo que decís, porque aquí veo un chacó que no habrá venido solo probablemente.

REG. Dios mio! (*ap.*)

ELI. (*con vivacidad.*) Ese chacó ha venido por mí.

SIL. Por vos!

ELI. Quiero decir, que ignorándolo mi señora...

REG. Basta! Yo no puedo permitir que te espongas por mí.

SIL. Aquí hay algun gato encerrado... Si, alguno está escondido... y yo no veo que pueda estar en otra parte que en esa habitacion, que es la vuestra.

REG. Esperad, señor, esperad; y no queráis perderme... es verdad que hay allí un jóven escondido.

SIL. Un galán.

REG. Un galán! (*con indignacion.*) Os atreveriais á decir?...

SIL. Y si no es un galán, qué es entonces?

REG. (*con vivacidad.*) Si, señor, convengo en que es uno á quien amo, y éltambien á mí, con el mayor estremo: pero creed que en estos sentimientos nada hay que no sea muy puro y lejítimo...

SIL. Lejítimo! Allí... en vuestra misma alcoba? Eh? Como no sea vuestro marido!

REG. (*id.*) Si, señor; es mi esposo.

ELI. (*ap.*) Ella misma se confunde.

SIL. Ola! Conque es un matrimonio clandestino?

REG. Si, señor, justamente: hay razones de familia... de conveniencia... pero no lo divulgéis, yo os lo ruego; guardad silencio: porque en

esta pequeña ciudad hay mil habladerias y...

SIL. Es verdad: son habladores, muy habladores: pero no temais que nadie lo sabrá, os lo prometo; pero me le habeis de presentar, ¿no es así?

REG. Como! Si desde mañana... (*mirando á la derecha*) Pero silencio que llegan.

ESCENA XI.

Los precedentes, TODA LA SOCIEDAD [que viene del salon de la derecha.

SIL. (*á los convidados.*) Qué tal señores? Es cierto que habeis pasado una noche magnífica? (*se acerca al piano, le abre y dice á Regina.*) Esperamos tener el gusto de escucharos...

REG. A mí... Quisiera... pero.

SIL. (*ap.*) No rehuséis, porque podrian sospechar de vos, tanto mas cuanto que no todos los presentes son amigos vuestros.

REG. Probaréal menos, pero... (*ap.*) como tiemblo.

ELI. (*animándola en voz baja.*) Vamos señorita...

SIL. (*la presenta un papel de música.*) El auditorio es muy indulgente; tomad esta nueva cancion...

REG. (*con sentimiento y mirando á la puerta de la habitacion donde está Rojer escondido.*) Ponerme á cantar en semejante momento...

SIL. (*Todos se agolpan al rededor del piano.*) Y no trabajareis sola, que nosotros haremos los coros de esta linda cancioncita. (*Regina canta y Silvestre figura que ordena los coros y los dirige.*)

REG. Camina un jóven trompeta llevando un pliego en la mano, y vá derecho á la selva sobre un corcel todo blanco. Llega al fin de la floresta y contiene su caballo; porque encuentra varias sendas y vá sin guia y amparo. Mas se lanza de repente porque sin duda es osado, y se interna entre la selva aguijando el corcel blanco.

Peró á poco escucha

Tra, ta, ta, ta, ta,

¿Serán los bandidos?

Tal vez lo serán;

Y el eco repite

tra, ta, ta, ta, ta,

tra, ta, ta, ta, ta, ta, ta, ta,

jóven, detente; la vida te vá.

CORO.

Oh que encantol Qué voz tan divina!
Es inmenso el placer que nos dá.

REG. El jóven piensa en la bella que le espera en la ciudad, y lleva el presentimiento

de que no ha de verla mas...

Mas á su deber atiende,
que ante todo es militar,
y sabe muy bien las leyes
de tan estrecha hermandad
Luego vé brillar mil armas
que le quieren rodear;
y si se interna en el bosque
sin duda perecerá.

Huid, pobre jóven

la vida salvad;

tocad la corneta,

tra, ta, ta, ta, ta.

Tan solo la fuga

(*esforzando la voz, como procurando que el
que está escondido la oiga.*)

te puede librar,

tra, ta, ta, tra, ta, ta, ta, ta.

tan solo fuga

te puede salvar.

CORO.

Oh que encanto! Qué voz tan divina!

Es inmenso el placer que nos dá!

(al llegar aqui, deja Roger caer un mueble y Regina toma el primer motivo, esforzando cuanto puede la voz para ver de encubrir el ruido, si se repite.)

UN CONVADADO. (*á Silvestre.*) Habeis oido?

SIL. Yo! no por cierto.

CONV. Alguna persona debe estar escondida alli;

veremos si ahora que ha concluido la cancion,

es mas prudente,

(dicho esto, se oye en el cuarto en que está Roger el ruido que hace una persona cuando por buscar á oscuras la salida de alguna parte, tropieza y se enreda de un mueble en otro.)

REG. (*ap.*) Dios mio yo misma he espuesto la vida

de mi hermano. (*Algunos convidados abren la puerta y Roger sale á su encuentro.*) Cielos!

No es é!!

SIL. Yo lo sé todo, señores, lo sé todo; es su esposo, tened un poco de calma y os explicaré la verdad.

ESCENA XII.

Dichos, ROGER.

ROG. (*ap. á Regina que permanece en el primer término de la escena como atónita.*) No com-

prendo una palabra, pero mandad, que os obedeceré; no dudeis que serán fielmente seguidas

vuestras órdenes. (*Un criado que viene por la derecha dá un pliego á Silvestre y se retira.*)

SIL. Olad! un parte que mi adjunto me dirije. (*abre el pliego.*) «Sr. alcalde... Cielos, (*sorprendido y examinando á Roger y Regina.*)

REG. (*ap.*) Tiemblo de pavor.

SIL. (*tec.*) «El conde de Volberg vaga por este

canton, y acaban de decirme que busca la ma-

nera de introducirse secretamente en casa de

su hermana. Sin estrépito ni aparato, po-

dreis facilmente impedir su salida; y mañana

«el acusador público...» Yo tiemblo! (*después de haber exclamado continua leyendo.*) «el

«acusador público hará decidir de su suerte.» (*mirando á Regina y á Roger.*) Pero de aqui á allá... en la duda... por mi deber me parece

que estoy en el caso de pensar... (*á media voz como hablando consigo.*) ¡Diablo de compromiso!.. Bueno es tener consideraciones; pero es

el caso que yo juego aqui mi destino y mi cabeza; diantre tengo tan decidido afecto á tan caros objetos, que por conservarlos debo hacer

abhorcar, aunque sea á todo el departamento. (*dirigiendose á Roger.*) No quiero preguntaros vuestro nombre, porque presumo cuál es; pero es mi deber, como alcalde, asegurar vuestra persona, é impedir que salgais de esta casa.

ROG. A mi! A un soldado!

SIL. Poco importa para el caso lo que pareceis.

¡Ola! que ocupe todas las puertas la guardia municipal. (*á Regina y á Roger.*) Aqui pasareis la noche y mañana...

REG. Juntos! (*asustada.*)

SIL. Y por qué nó? No es vuestro esposo? (*maliciosamente.*) Al menos asi lo habeis dicho; y siendo asi, nada es mas natural que el que no se os separe. Si no es cierto, si por desgracia habeis faltado á la verdad, no os vá mas que la cabeza.

ROG. (*con viveza, interrumpiendo á Silvestre.*) Soy su esposo.

SIL. Y si nó, tambien vuestra cabeza... *vola-verunt.*

ROG. Eso es lo de menos: soy su esposo, aun cuando este honor deba conducirme al patíbulo. (*ap. á Regina.*) Si ahora soy vuestro

esposo para libraros de tan eminente peligro, dejare de serlo tan luego como vos lo mandeis y aquel desaparezca.

SIL. (*á los convidados.*) Señores, retirémonos y dejemos en libertad á tan felices esposos.

REG. Dios mio... protejednos. (*ap.*)

ROG. Nada temais de vuestro esposo, que él velará por vos.

ESCENA XIII.

Dichos y ELISA.

ELI. (*Elisa entra por la puerta de la derecha y dice á media voz á su señora.*) Ah! señora

mial! Ignoro el como, pero Pedro el pescador

acaba de decirme que vuestro hermano se ha embarcado ya.

ROG. (*con alegría*) Cielos! se ha salvado! (*siempre ap. y como reflexionando para sí.*) Pero y este soldado, como habia venido aqui?

ELI. (*al llegar aqui vuelve la vista y repara en Roger.*) Se ha salvado!.. Ay! no por cierto, si esta alli!

REG. (*ap.*) Cállatel nos vá la vida: yo no sé quien es, ni por donde ha venido, pero en tanto que él está aqui, no perseguirán á mi hermano.

SIL. (*ha estado observando la conversacion de Regina y Elisa, durante la cual los convidados han estado hablando entre sí, y cuando aquella concluye dice.*) Elisa, tu no estas en lo que pasa, por eso charlas ahí tan-

to por lo bajo; pero vente con nosotros y dejemos á tan felices esposos.

ELI. (*asombrada.*) Es su esposo... ¡Como!

ROG. Si, soy su marido.

(Los convidados salen todos: Silvestre dá disposiciones, siempre mostrándose ridiculo: sale y se oye cerrar puertas y colocar centinelas.)

ELI. Será posible!

ROG. (*al tiempo de esclamar Elisa, Regina se deja caer sobre un sillón casi desmayada: Roger á alguna distancia, dice con dignidad y mirándola con muestras de respeto.*) Ya os he dicho, señora, que descansen tranquila, sea lo que quiera la razon de vuestro disgusto, porque sobre vuestra seguridad vela el honor de un soldado. (*se sienta á gran distancia de ella y cae el telón.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

El teatro representa un magnifico salon. Una puerta en el fondo, y dos laterales: una mesa á la izquierda. Por las puertas del foro se vé una gran galeria.

ESCENA PRIMERA.

LA CONDESA *sentada en un sillón, leyendo un periódico.*

CON. «Gaceta de la Côte.—Fraga 28 de noviembre de 1805.—Aqui no se fija la consideracion en la guerra con la Francia. Los «hailles y los regocijos de todas clases, continuau sin interrupcion. El joven conde de Libritz, chambelan del emperador de Austria, «acaba de darnos una fiesta magnifica para celebrar su próximo enlace con la bella señorita de Volberg, hermana del duque de este «título.» (*interrumpiendo la lectura.*) y sobrina de la señora condesa de Liehsteinsten; porque es mi sobrina. Esto es lo que debieran haber añadido: pero estos periodistas de todo hablan y de nada entienden; mucho menos de los asuntos de la corte, y como no haga uno mismo los articulos... «La bella duquesa (*continuando.*) de Volberg, á pesar de sus bienes «confiscados en Francia, durante la revolucion, es aun una de las mas ricas herederas de Alemania.» (*interrumpiendo la lectura.*) Y, lo que vale mucho mas, una de las mas nobles. (*continuando.*) «Se dice que los desposorios se verificarán á fin del mes de noviembre, en el palacio de Volberg, en Moravia.» (*deja de leer.*) Y como yo he servido de madre á mi sobrina, tendré muy buen cuidado de que el ceremonial se arregle estrictamente á la etiqueta de la corte alemana.

ESCENA II.

CONDESA, ELISA.

CON. Que novedad tenemos, Elisa?

ELI. Ninguna, señora condesa: ni el señor du-

que de Volberg, vuestro sobrino, ni el señor de Libritz, el novio, han llegado. Esto es muy raro!

CON. Y qué dice mi sobrina?

ELI. Nada dice: acabo de vestirla y la dejo en traje de desposada; está sosegada y tranquila en un sillón.

CON. Esto es inconcebible! Un matrimonio Soberbio y ella... porque el conde de Libritz es sobrino de Metternich, favorito del emperador de Austria, y vamos á recuperar aqui por este medio un rango, una posicion que...

ELI. Mi señora conoce todo eso...

CON. Y entonces, porque ha mostrado tanta resistencia, y ha desoido durante tan largo tiempo las instancias de su hermano y las mias?

ELI. (*menecando la cabeza.*) Oh! Tiene para ello sus razones.

CON. Razones que probablemente no ignorareis?

ELI. Puede ser que no... porque en Francia y en Alemania la he acompañado constantemente. Ella me ha prohibido hablar, lo que mas de una vez ha sido para mi muy penoso; es verdad que ya, y hoy sobre todo, puede muy bien repararse el mal y decirlo todo.

CON. Entonces hablad.

ELI. Ignorais, señora, que, hace largo tiempo en Francia, y mucho antes de venir mi señor á Alemania, contrajo matrimonio?

CON. (*asombrada.*) Matrimonio! Y yo que he respondido al conde de Libritz que él será quien se case con la señorita de Volberg.

ELI. Eso no importa.

CON. Casadal Y ¿con quién? Con algun gran señor de la antigua corte?

ELI. No, señora.

CON. Que degradacion! ¿Con alguno del nuevo régimen... Si es así, razon tiene para ocultar su enlace... Será algun ministro del directorio, ó del consulado.

ELI. Nada de eso, Señora, con un militar.

CON. (*con desprecio.*) Con un general de la república.

ELI. Tampoco; (*variando la voz.*) con un soldado, un aldeano.

CON. (*indignada.*) Elisa! me insultais...! Insultais á nuestra familia.

ELI. Pero señora condesa...

CON. Salid de aqui.

ELI. Como gustéis... no diré mas; pero esto no impedirá que sea verdad lo que digo.

CON. (*deteniendo á.*) Aguardad. Ahora recuerdo que cuando mi sobrina estuvo enferma, recibí una carta para ella que abrí por cierto: era una carta sin ortografia y tan estravagante, que me guardé muy bien de enseñársela. Estaba firmada por «Roger, sargento.»

ELI. El mismo.

CON. (*con viveza.*) Y cómo se hizo eso? Hablad, pues; hablad bajo.

ELI. En Dunkerque, el mismo dia que el señor duque de Volberg, vuestro sobrino, se en-

barco, llegó con una bleta para ser alojado, según después supe, un joven militar que por una equivocación, cuyo origen sería largo de contar, creí yo que era el hermano de mi señora, y luego le tuve por su marido, cosa que se hizo creer á todo el mundo para favorecer la evasión de vuestro sobrino.

CON. Ya comprendo y respiro! Fué una simulación, una estratagema no muy conveniente, pero plausible hasta cierto punto, porque tendía á la salvación de un hermano.

ELI. Escuchadme. A la mañana siguiente, en Dunkerque, se supo sin género de duda que el verdadero duque de Volberg se había escapado, merced á los cuidados y desvelos de su hermana; entonces el pueblo amotinado rodea la casa y busca á mi señora para asesinarla y asesinarlos á todos. Sabedor de esto Roger, el joven soldado que aun estaba allí, sale delante de ella con el sable en la mano y aprovechándose de su fingido matrimonio, declara en alta voz que era su esposa y que la defendería á toda costa. Sus compañeros de rejimiento que se hallaban presentes, porque esta escena pasaba ya en la puerta exterior del edificio, tomaron parte en su defensa, y gritaban con todas sus fuerzas que no dejarían conducir al cadalso á la muger de un defensor de la patria; y como entonces se respetaba el uniforme, el representante del pueblo, aunque furioso, dijo: «Si ella es realmente esposa del ciudadano soldado, se la perdonará: pero es necesario que haga constar que están casados.» Todos dijeron á una voz: «es muy justo; enseñad vuestra partida de matrimonio.» Calculad, señora, la posición de mi joven ama, y del pobre soldado, el cual respondió bruscamente... «¿Habeis visto alguna vez que un soldado lleve consigo otros papeles que los de sus cartuchos?»—Sea así, respondió el representante. En qué época se verificó vuestro matrimonio?—Hace un año.—En qué ciudad?—En qué municipalidad?—El pobre joven no sabía qué decir, pero dejando alguna cosa á la providencia y para ganar tiempo, dijo: «En la ciudad de Lyon, municipalidad de Brotteaux.»—«Veremos, contestó friamente el representante; y en tanto que trascurren los diez dias necesarios para que vayan á Lyon y vuelvan, permaneceréis los dos aquí, bajo la vigilancia de la municipalidad y presos en una de sus salas.»

CON. Y era imposible fugarse?

ELI. De todo punto imposible.

CON. Y durante diez dias vivieron bajo un mismo techo?

ELI. Si fuera eso solo...

CON. Qué quereis decir?

ELI. Digo que por la noche quise yo proporcionar al soldado un cuarto separado; pero sabed de esto el municipal que nos vigilaba, dijo: «Un cuarto separado! Pues no son marido y

«muger?... ó se habrán atrevido á engañar á la «nación... entonces...

CON. (*desolada.*) Dios mío!

ELI. Era menester no despertar ninguna sospecha...

CON. Pero eso es horrible, espantoso.

ELI. Era una sala inmensa en donde estaban arrestados; y él se colocó en un sillón muy lejos de la señora.

CON. Es igual.

ELI. Y os juro que pudo vuestra sobrina descansar tranquila, bajo la salvaguardia de su honor; porque él estaba pronto á dejarse matar por mi señora, y apenas se atrevía á mirarla ni á dirigirle la palabra.

CON. En hora buena; pero...

ELI. Era tan natural! Una gran señora, una duquesa; y él un simple soldado, el hijo de un colono, sin educación, pero lleno de nobles sentimientos, y olvidando los peligros que por nuestra causa corría: porque al fin y al cabo con haber manifestado que era lisa y llanamente un alojado, con haber contado el *quid pro quo* de la vispera, y con haber dejado que nos asesinasen, estaba libre y seguro. Pero lejos de esto, sin pronunciar una palabra, sufría voluntariamente todo lo terrible de nuestra peligrosa situación, y renunciaba sin quejarse á su patria, á su anciano padre, á su porvenir, á todo; y esperaba resignado la vuelta del mensajero despachado á Lyon, cuya respuesta no era dudosa. Al tiempo fijo se supo su regreso, para que nuestro terror se aumentase.

CON. Y bien?..

ELI. Dijo que durante el sitio y bombardeo de la ciudad, había sido incendiada la municipalidad de Brotteaux y alguna otra...

CON. Loado sea Dios!

ELI. Y con ellas todos los documentos que correspondían al estado civil.

CON. Con eso nada tenían ya que temer.

ELI. Aun resta. «Siendo así, dijo entonces el representante del pueblo, según el nuevo réjimen no hay ley alguna que impida renovar un matrimonio, y si es verdad que estan casados en Lion, ningun inconveniente deben tener en renovar su desposorio en Dunkerque.»

CON. (*con prontitud.*) Yo me opongo, me opongo; y mi sobrina ha debido rehusar...

ELI. Eso se dice facilmente ahora y en este sitio; pero allí la iba nada menos que la cabeza; llegado el indicado momento, la dijo Roger en voz baja: «Señorita, este matrimonio es nulo delante de Dios; y cuando gustéis, cuando sin peligro vuestro podáis quererlo, con solo pronunciar una palabra, estaré pronto á solicitar yo mismo el divorcio... fijos, señorita, en el honor de un soldado.» Estas palabras me inspiraron gran confianza y tambien á mi señorita, la que delante de el señor Silvestre, el alcalde de Dunkerque...

CON. Dios mío! se convirtió en madama Roger...?

ELI. Menos aun, en la ciudadana Roger.

CON. (*Uevándose las manos à la cabeza.*) Dios mio, que afronta!

ELI. Y por qué? Quedó libre y sin cosa alguna que temer. Roger debía ir à reunirse à su rejunio, y protegidas por él pasamos toda la Francia: durante esta travesia, la duquesa de Volberg, la gran señora, hubiera encontrado la prision y aun la muerte à cada paso. Mas en todas partes respetaban à la muger del soldado; y cuando llegamos à la frontera, fué menester que nos separásemos y vi à aquel valiente palidecer y temblar. «Adios, la dijo; teneis «mi promesa, y en cuanto lo deseais, yo firmaré el divorcio: pero no tendreis necesidad «de esto, porque voy à batirme, y muy pronto, asi lo espero, señorita, demasiado pronto «quedareis viuda.» Pobre jóven! (*conmovida y como hablando consigo.*) Me parece que le estoy viendo; jamás le olvidaré. (*se dirige à la condesa.*) Tal vez de él, señora, es de quien habeis recibido esa carta...

CON. Decia que estaba herido gravemente, y que antes de morir queria decir à mi sobrina que la amaba!

ELI. Cielos!!

CON. Tanta osadia te indigna!

ELI. (*ap.*) Ya creia yo que la amaba. (*alto.*) Y ¿le habeis respondido vos misma?

CON. Por evitar mayor mal; y como hablaba de servicios prestados à mi sobrina, le remití à nombre de esta, y sin decir que los enviaba yo, cien luises.

ELI. Qué habeis hecho!

CON. Para que fuese enterrado con alguna decencia.

ELI. No es posible!

CON. Y por qué no (*con mucha prontitud y enfado.*) ha de ser posible... por qué no ha de haber muerto?

ELI. No es eso lo que he querido decir: por desgracia la muerte de Roger parece demasiado cierta. A pesar de todas las investigaciones, nada pudo saberse à punto fijo; hasta que pasado un año supo mi señorita que el llamado Roger que habia partido soldado y llegado hasta teniente, habia sido muerto en Marengo: esto lo supo por un acta que recibió espedita en toda regla. Esta es la razon porque durante un año entero ha llevado traje de luto diariamente; y por la misma se encuentra casada, viuda, y soltera.

CON. Aquí viene; dejadnos solas.

ELI. Pero nada la direis?

CON. Estad tranquila: voy à continuar leyendo la Gaceta. (*vase Elisa.*)

ESCENA III.

LA CONDESA, REGINA. *La condesa à la derecha, junto à la mesa toma la Gaceta: Regina en traje de boda, entra por la izquierda y dice, avanzando hasta el primer termino.*

REG. Preparémonos al sacrificio y à sufrir que

mi tia quiera investigar como siempre el origen de mi tristeza. Oh! yo no puedo desechar de mi el fatal recuerdo de que ha muerto lejos de mi lado, y sin que yo haya podido demostrarle el reconocimiento que hicieron nacer en mi alma su noble proceder y sus beneficios.

CON. Sobrina mia, qué teneis? Siempre la misma melancolia.

REG. Os equivocais, señora, no estoy triste y conozeo en el fondo de mi corazon la felicidad de este dia y...

ESCENA IV.

Dichas, ELISA. Elisa entra corriendo.

ELI. Señora, señora!

CON. Ha llegado al fin el novio?

ELI. No señora, pero traigo noticias suyas.

CON. Pero no viene él mismo?

ELI. No hay mas que las noticias que trae un mensajero suyo, disfrazado de aldeano, con esta carta de parte del señor duque y del Chambelán.

CON. Qué significa esto?

REG. Se habrán detenido à su pesar: están tan malos los caminos en Moravia, y mas ahora con el continuo tránsito de tropas...

ELI. Cuanta mas dificultad, mas de prisa se debe caminar: sobre todo un novio siempre debe estar apresurado.

REG. (*sonriendo.*) Pero no en Alemania à lo que parece.

CON. Ay Dios mio... Que he leido! nos aconsejan que (*despues de haber recorrido la carta con la vista.*) huyamos sin pérdida de tiempo.

REG. y ELI. Huir! y por qué?

CON. Porque van à llegar otros.

REG. Quiénes?

CON. Los franceses.

REG. Cielos! (*sorprendida.*)

CON. Nada es mas cierto, los franceses! vamos! se han vuelto locos... han perdido la cabeza, y ni saben lo que hacen, à donde van, ni de donde vienen. Hace quince dias que están perseguidos por las armadas rusa y austriaca, y en vez de estar firmes y tomar posicion, acaban de improvisar una marcha, una manobra que nadie comprende, ni aun el mismo Chambelán, que cortado por este repentino cambio de operaciones, ha caido en sus manos en union con vuestro hermano el duque.

REG. Es posible!

CON. Prisionero, querida mia: un novio que viene à casarse muy puesto de medias de seda y espada caer prisionero! Y no hay la menor duda porque él mismo es quien lo escribe. Los franceses han concentrado todas sus fuerzas al rededor de una mala aldea que llaman Austerlitz, si no me equivoco, distante tres leguas de aqui.

REG. Y entretanto!..

CON. Entretanto, sobrina querida, estan llegan-

do los enemigos y se posesionarán de este palacio para recorrerlo en seguida á sangre y fuego.

ELI. Es verdad que estan cerca, porque los aldeanos que han podido escapar, dicen que han visto á lo lejos los uniformes de la guardia.

REG. Y qué?

CON. Y qué! Nada... me agrada la serenidad! No os hacen estremecer esas palabras! Un rejimiento de la guardia es el que hácia aqui se dirije... la guardia imperial, sobrina, con esto está dicho todo; porque esa jente no respeta edad, ni rango; jóvenes, ni ancianos, hombres, ni mugeres...

REG. Señora!

CON. Y mucho menos á las señoras nobles... y nosotras que tenemos diez y ocho cuarteles en nuestro escudo... trescientos años largos de nobleza...! Esto hace estremecer: ¿que es lo que nos espera, Dios mio?

REG. Pero, querida tia, nosotras nada arriesgamos.

CON. Lo creéis así, señorita?

REG. Sin duda alguna: la guardia imperial solo ataca á los enemigos; ademas que somos francesas, compatriotas de ellos mismos.

CON. Si, transfugas! Razon mas en abono para lo que digo; porque Mr. Bonaparte, que los manda, ni tiene miramientos, ni galanteria: tal jefe tales soldados. Y eu un dia de bodal es una verdadera fatalidad... escuchad! (*se oye una marcha militar.*)

VARIAS VOCES. ¡Viva el emperador! (*voces dentro.*)

CON. Yo fallezco de susto! (*Rejina y Elisa entran en su habitacion, á la izquierda: el ruido de la música y tambores se aumenta; la condesa vuelve la cabeza y ve venir por la galeria varios oficiales.*) Ayl yá están aqui las figuras horribles! (*vase por donde fueron Elisa y Rejina.*)

ESCENA V.

ROGER, UN SOLDADO, UN CRIADO; *los oficiales permanecen en el fondo de la escena; Roger entra seguido de algunos criados de la casa.*

ROJ. (*el soldado.*) Saluda de mi parte á los dueños de este palacio: decilles que solicito su permiso para ofrecerles mis respetos y pedirles me dispensen el honor de desayunarme en su compañía. (*vase por la izquierda.*) Vos hareis (*á un oficial.*) preparar el alojamiento del emperador, porque por esta noche establece aqui su cuartel general y mañana... sin duda se dará la batalla. La batalla de los tres emperadores! Será digna de verse. (*con tristeza.*) Dichosos los que de nosotros puedan contarla; (*recobrando su alegría.*) entretanto, señores, id á reposar y esperemos tranquilamente. Despues de ocho horas de marcha, hay necesidad de descanso; y por otra parte, es preciso estar firmes para la fiesta de mañana.

EL SOLDADO. (*vanse los oficiales saludando al coronel. Sale el soldado.*) Mi coronel! No he encontrado mas que á una señora sin educacion y sin trato de jentes, que se ha tapado los ojos por no verme.

ROJ. Diablol rehusa ver un vigote que ha estado en Marengo!..

SOL. Y cuando la lize presente vuestra invitacion, gritó con todas sus fuerzas. «Desayunarme yo con vuestro coronel!.. primero morir!»

ROJ. Que viva, camarada, que viva.! y yo tambien!.. Almorzaré perfectamente sin su compañía. Decid al mayordomo de esta casa que suba...

SOL. El qué, mi coronel?

ROJ. Que se yo! lo que acostumbren á desayunar en esta casa. (*vase el soldado por el fondo.*) Entretanto, (*á un criado.*) decid á vuestra señora que procure vencer su aversion hácia los coroneles, y que tenga la hondad de concederme una entrevista de cinco minutos, nada mas. Decidla que es necesario, y que asi conviene á sus intereses. (*el criado saluda y parte.*) Mientras tanto yo me instalo en este salon, y que me dejen tranquilo... si es posible. (*entra un soldado.*)

SOL. Un sugeto desea hablar al señor coronel.

ROJ. Ya empezamos! (*sentado.*) Decidle que no estoy aqui.

SOL. Viene de parte del emperador.

ROJ. Eso es otra cosa; hacelle pasar adelante. (*se levanta con prontitud.*)

ESCENA VI.

ROGER, *Roger se sienta junto á la mesa, SILVESTRE que entra con timidez.*

SIL. El señor coronel Roger, (*siempre con timidez.*) coronel de estado mayor, y ayudante de campo de S. M. el emperador y rey?..

ROJ. Yo soy, caballero; en qué puedo servirlos?

SIL. Señor coronel..

ROJ. (*mirando.*) Es particular! he aqui una singular fisonomia! Casi puedo jurar que no me es desconocida.

SIL. Eso es sin duda un grande honor para ella: por otra parte es tan marcada, que no es facil olvidarla habiéndola visto una sola vez. Soy Silvestre, proveedor general de los ejércitos del imperio.

ROJ. El mismo! Habeis estado hace años en Dunkerque?

SIL. Alli he sido alcalde. (*con gravedad ridicula.*)

ROJ. (*sonriendo.*) Lo sé perfectamente.

SIL. (*mirando al coronel con atencion.*) Y yo creo recordar... aunque no estoy cierto... porque desde que dejé de ser alcalde, he visto tantos uniformes, schacós, schuscás, gorras de pelo, sombreros y... que todos se me figuran unos, y me embrollan y... además que esta mañana he tenido miedo, y el miedo trabuca las cosas y cambia los objetos. (*sale un*

criado con una bandeja y un servicio de té, y lo coloca sobre la mesa.)

ROG. *(sonriendo.)* Miedo! Pero veamos lo que se os ofrece, que mas tarde renovaremos nuestro conocimiento. Quereis en tanto desayunarnos conmigo?

SIL. Ay señor coronel!.. no tengo hambre, por la razon que acabo de decirlos.

ROG. Es que nada me habeis dicho hasta ahora!

SIL. He tenido el honor de decirlos que he pasado mucho miedo.

ROG. Es verdad; pero no se os ha quitado aun?

SIL. Jamás se me quita, señor coronel.

ROG. Ni aun aqui, á mi lado?

SIL. Peor... mil veces peor; á vuestro lado tengo mucho mas, porque de vos depende mi salvacion.

ROG. Puede ser! Entoñces sentaos, y hablemos. *(mirando al desayuno.)* Diabolo de té! Es un desayuno demasiado ligero. *(á Silvestre que se sienta sobre el borde de la silla.)* Sentaos bien!

SIL. Coronel! S. M. I. os ama mucho!.. con estremo.

ROG. *(abnorzando.)* Es verdad! Jamás pierde ocasion de ponerme á la boca de los fusiles, y ha sido para mi un amigo, un padre. El me recibió de soldado y me ha hecho coronel: asi es que puede disponer de mi como guste, porque será cumplida su voluntad.

SIL. *(temblando se levanta y grita.)* Viva el emperador!

ROG. *(bruscamente demostrando enfado.)* A qué viene eso ahora?

SIL. *(se sienta con prontitud.)* No se ha ocupado hasta ahora de vuestra fortuna?

ROG. No por cierto, ni creo haya pensado en eso mas que una vez, ni yo tampoco. El otro dia solamente fué cuando me dijo dándome un golpecito en la espalda. «Sabes muy bien, Roger, que no estas muy allá de sueldo?» Es verdad, señor; pero que importa! Los asuntos van bien y esto basta.—«Los míos si, pero no los tuyos, y es preciso pensar en esto.»—Vos hareis lo que os parezca, señor.—«Si, veremos; no lo olvidaré.»—Despues me pellicó una oreja, casi hasta hacerme gritar, que es la mas grande prueba de favor, y nada ha vuelto á decirme sobre esto.

SIL. No, pues... no se ha olvidado; y ahí teneis precisamente el negocio que aqui me trae.

ROG. *(sorprendido.)* Por eso venis! Y qué tiene que ver vuestra salvacion con mi fortuna y?..

SIL. Escuchadme. Yo he sido proveedor general tanto en tiempo de la república como del imperio. En este delicado encargo, me he conducido con tanta inteligencia como temor... quiero decir, con tener de perder; y esto me ha hecho ganar muchísimo. Yo puedo decirlos, pero solamente á vos, que he ganado sumas inmensas.

ROG. No puedo calcular á dónde vais á parar.

SIL. Yo no sé quien se ha permitido presentar

al emperador una relacion escrita y detallada de mis caudales; y el emperador, que no tiene tiempo para calcular sobre esto, ni para examinar detenidamente los guarismos, ha exclamado. «Que ganancias tan exorbitantes! Como «se ha podido hacer una fortuna tan escandalosa y colosal?» Y en aquel primer impetu dijo. «Que le fusilen.»

ROG. A vos?

SIL. A mí; á Silvestre, ex-alcalde de Dunkerque, y proveedor general de todos los ejércitos del imperio: ya veis que esto no puede ser; es un absurdo. Asi es que al pronto lo tomé por un donaire de mal género; en verdad que me hizo morir de miedo, y corri á arrojarle á los pies de S. M. I. para procurar convencerle de que soy un hombre honrado, un desgraciado padre de familia.

ROG. Luego, estais casado?

SIL. Vaya! Me desposé en tiempo del directorio, por miedo de perder mi destino, con la viuda de un director que puede decirlos, porque aun existe y que tenia una catterva de hijos. Y cuando yo hablé al emperador de mi desolada familia, creí que le habia tocado en el corazón; porque me dijo:—qué, teneis hijos?—Tres, señor.—Hijas tambien?—Una señor.—Que edad tiene?—Diez y ocho años, señor.—Bien, eso para vos es una gran fortuna: escuchadme. Yo os hago gracia de la vida, y no os confiscaré vuestras enormes riquezas, con una condicion.—Cuál, señor?—Con la condicion de que deis vuestra hija en matrimonio al coronel Roger, mi ayudante de campo.

ROG. A mí?

SIL. Con dos millones de doté!!!!

ROG. Es posible!

SIL. Tan posible como que yo os lo vengo á ofrecer, y á suplicaros por Dios que los aceptais.

ROG. Y pensais?..

SIL. Por salvar los otros seis. Hacedme el obsequio de tomarlos; salvad mi pobre cabeza, y este será el mejor negocio de cuantos he hecho durante mi vida.

ROG. Permitid...!

SIL. Quereis tres? Me extenderé hasta... porque si rehusais, si el emperador se enfada y soy fusilado, para qué me sirven los demas? Vamos, coronel, tened piedad de un pobre padre de familia atijido: si... vos aceptareis... ¿qué os cuesta? Hacedme el obsequio de decirme qué trabajo os cuesta tomarlos?

ROG. Me cuesta tanto, que aunque yo mismo quisiera...

SIL. El emperador ha dicho, «yo lo quiero!»

ROG. Aunque asi sea, no puede ser.

SIL. Os vuelvo á decir que el emperador ha dicho, «yo lo quiero!»

ROG. Y si, por ejemplo, estuviese yo casado?

SIL. Casado!

ROG. *(sonriendo.)* Esta es la primer vez que mi matrimonio me ha servido de algo.

SIL. Casadol (*con el mayor asombro.*) Qué habeis dicho? Quién ha podido hacer tan disparatado matrimonio?

ROG. Vos, señor Silvestre.

SIL. Yo!

ROG. Vos mismo: hace algunos años que revestido de vuestra banda municipal y en presencia de dos ó tres mil testigos, unisteis á Roger, soldado de la media brigada número 32, con la señorita Regina de Volberg, una gran señora.

SIL. Dios mio! Será ciertol.. Qué fatalidad!.. Pero ese matrimonio es nulo, fué verificado por efecto de una violencia: los que le hicieron carecian de sentido comun, y se lo diré á todo el mundo. Pero si nos asustamos por nada... porque yo siempre empiezo por asustarme. (*despues de reflexionar un rato.*) Estais libre, mi querido amigo, estais libre sin la menor duda.

ROG. Cómo?

SIL. La señorita de Volberg, despues de venir á Alemania para reunirse á su familia, que posee aqui inmensas posesiones, ha sido atacada por una terrible enfermedad, la cual ha debido costarle la vida: ¡que digo yo! de resultados de la cual ha muerto. Fué una maligna fiebre la que se la llevó; me lo dijeron en Francia, y vos mismo debéis haberlo oido.

ROG. No por cierto: herido muy gravemente y al borde del sepulcro, la dirijí una carta.

SIL. Y qué?

ROG. (*con cólera concentrada.*) Me contestó por medio de otra tan seca, tan humillante... sin una palabra de amistad ni consuelo, y acompañada de dinero. ¡Oro á mi que á riesgo de mi libertad, y aun de mi vida, habia salvado la suya! Mas aun: (*con vivacidad.*) vos no sabéis que yo devolví prontamente su donativo, y mi consentimiento al divorcio que la habia prometido, y que yo mismo reclamé con instancia. Pero entonces nos batiamos en Italia contra los austriacos, y ni sé si mi carta habrá llegado, ó si el oro que la acompañaba habrá impedido que llegue á su destino; acerca de esto nada sé. Despues estuve en las piràmides, en Abukir; y á la vuelta, herido peligrosamente, prisionero, nada he podido averiguar ni sé otra cosa sino que el divorcio no está legalmente pronunciado, y que, en la posicion en que me encuentro, me es imposible aceptar vuestra proposición.

SIL. (*a media voz.*) Pero por qué, señor? Yo presentaré testigos, documentos auténticos, porque con dinero se hace cuanto se quiere... en fin, yo espero probaros á vos mismo que estais libre, completamente libre.

ESCENA VII.

Los mismos, LA CONDESA.

ROG. (*mirando adentro.*) Callaos... he aqui sin duda á la dueña del palacio.

CON. (*sosteniéndose con dificultad.*) Esto y, caballero, á vuestras órdenes; y pues que me habeis obligado á presentarme ante vos...

ROG. (*con galanteria.*) Para ofreceros mis respetos, señora, y para pedirnos perdon por nuestra brusca y repentina llegada, que os ocasionará, tal vez, algun desorden; pero nos ha sido imposible preveniros.

CON. Yo os ruego, caballero, que no añadais la ironía al insulto; y lo que únicamente os suplico es, que nos preserveis á mi sobrina y á mi de una soldadesca desenfrenada.

ROG. (*admirado.*) Señora, quién os ha inspirado semejantes ideas?

CON. Somos francesas, caballero, y somos nobles... de muy elevado nacimiento.

ROG. No lo dudo.

CON. Este palacio (*recobrando su tono de orgullo.*) pertenece á mi sobrina la duquesa de Volberg...

SIL. (*sorprendido.*) Eh! Qué decis?... La duquesa de Volberg...

ROG. La misma que durante la revolucion vivió en Francia?

SIL. En Dunkerque?

CON. Si señor.

SIL. (*ap.*) Aqui vamos de mal en peor. (*á la condesa.*) Hablais de la señorita Regina de Volberg que estubo casada...

ROG. Con un simple soldado..?

CON. (*cortando la palabra á Roger.*) Cómo casada! Quién se atreverá decirlo? Quién osará hacer semejante injuria á nuestra familia? No existe tal matrimonio... es nulo de derecho y... y de todos modos lo seria, porque la persona en cuestion ha muerto.

ROG. Ha muerto!

CON. A Dios gracias... y para alegría de mi sobrina.

ROG. Me parece, señora, que vuestra sobrina se ha alegrado demasiado pronto.

ESCENA VIII.

Dichos, ELISA.

ELI. (*á la condesa.*) Señora, vengo á deciros... (*mirando á Roger y quedando atónita.*) Dios mio!... Es posible... Si, no hay duda... (*entra por la izquierda corriendo y gritando.*) Señora, Señora...

ESCENA IX.

Dichos, REGINA y ELISA.

REG. (*sale por la izquierda.*) Por qué gritas?

ROG. (*mirándola.*) Ella es!

CON. (*ap.*) Yo tiemblo...

REG. (*yendo hacia Roger.*) Roger! mi libertador... es cierto que vuelvo á veros!

ROG. (*este permanece inmóvil, y dice con frialdad.*) Teniais cuidado por mí? A ser asi habrá sido cosa que haya molestado mucho á vuestra tia.

REG. Que felicidad! Conque fué falsa la noticia de que el valeroso teniente Roger habia muerto sobre el campo del honor?

SIL. (ap.) Hoy resucitarán todos para asesinarme!

CON. Pues la noticia vino legalizada en debida forma.

REG. Es verdad; y esta noticia nos causó...

ROG. (con *amarga ironía*.) Una alegría demasiosa pasageral Yo puedo aseguraros que siento sobremanera tan fausto quid pro quo: pero no tuvisteis presente que en el ejército podia haber, como en efecto habia, varios soldados de mi mismo nombre? Esto es muy desagradable, y conozco que mi importuna é inesperada aparicion desbace en un momento vuestras mas lisonjeras esperanzas. Pero...

REG. ¡Que oígo! (*admirada*.)

CON. Yo se lo he dicho todo: ya sabe por mi que este bimeneo es para nosotros odioso, vergonzoso, insoportable...

REG. (*queriendo interrumpir á su tia, viendo la cólera de Roger*.) Pero tia...

SIL. Coronel, dejaos de tonterias y de ruidos, os lo aconsejo de buena fé: dejadles con sus aprensiones, y tomad una encantadora jóven con dos millones de dote.

CON. Para eso mi sobrina va á casarse con un gran señor de la corte.

ROG. (con *ironía*.) De veras!

SIL. Pues entonces estamos todos de acuerdo y no demos ruido. Rompamos tan odiosos lazos, ustedes se quedan con su gran señor, y nosotros con los millones.

ROG. (*colérico*.) Yo no quiero!

CON. Que escuchol

ROG. No quiero, no!

SIL. Me fusilá!! (*con angustia*.)

ROG. He sufrido demasiadas afrentas durante largo tiempo, (*á Regina*.) y si hasta aqui he sido un esclavo, ahora os toca á vos serlo.

SIL. -Pero, señor coronel, que vais á ser causa de mi muerte... tened piedad de mi... vedme fallecer á manos de mi temor...! de...

VOCES. Viva el emperador! (*voces dentro*.)

SIL. Ay Dios mío! ya llega el emperador á establecer aqui su cuartel general! Nada puede salvarme y... al menos escribid que sois vos quien rehusa, que en vos consiste y no en mi, el que la voluntad de S. M. no sea cumplida.

ROG. Para qué?

SIL. Mi salud lo exige: escribid que vuestro anterior bimeneo...

CON. (*suplicando, como pidiendo que no lo haga*.) Caballero...

SIL. (*sacando del bolsillo papel y lapiz*.) Que se juegan mis dias, nada menos!

ROG. Venga, escribiré de muy buena gana.

SIL. Oh bondad sin limites!

REG. Que proceder tan raro en él!.. yo no reconozco á Roger!.. (*Roger concluye de escribir y Silvestre sale corriendo*.)

ESCENA X

Los mismos, menos SILVESTRE.

CON. No esperaba semejante violencia!

REG. Ni yo un comportamiento tan extraño!

ROG. (*con amargura*.) Es muy malo, en efecto: la sinrazon es mia; solo está de mi parte. He olvidado por un momento que cuando á riesgo de mi vida fui útil á una gran señora, á una noble familia, el honor de haberlas servido, aun con peligro de mi existencia, fué demasiada recompensa.

REG. Pero por qué habláis así? Yo no he faltado jamás á la gratitud que os debo.

ROG. No esperaba oír otra cosa, pero en cuanto á eso, señorita, no puedo ser engañado.

REG. Me acusáis injustamente. No ha trascurrido un dia sin que haya rogado fervientemente á Dios por vuestra prosperidad, y que no me haya acordado con alegría de vuestra conducta noble y generosa. Hasta ahora, hasta este mismo momento, mi tristeza consiste únicamente en haberos desconocido en este instante por vuestro escusado proceder.

ROG. Y quién tiene la culpa, sino quién me ha obligado á proceder así, humillándome con sus desdenes, y hasta con sus donativos?

REG. Yo, Roger!

ROG. Esperad: puesto que lo habeis olvidado, leed esta carta que jamás he separado de mi. (*la dá un papel*.)

REG. (*después de haber leído para sí*.) Esta carta este oro que se os ha remitido!.. yo no sé nada de esto.

ROG. Entonces, quién me ha respondido?

CON. (*con dignidad*.) Yo, caballero, yo, que que jamás juzgué conveniente enseñar á mi sobrina la carta que la dirigisteis, porque su contenido...

REG. Pero comol.. tia, vos contestasteis en mi nombre sin decirme una sola palabra!..

ROG. (*á la condesa*.) Obrasteis mal, señora. (*á Regina*.) Y yo que os he estado acusando durante tanto tiempo! Ah! señoral soy culpable, no hay duda; pero yo me impondré el castigo: hablad, dictad en los términos que gustéis mi consentimiento de divorcio, (*volviéndose hácia la condesa*.) objeto de todos vuestros votos, ó mas bien escribid vos misma lo que gustéis, que yo estoy pronto á firmar.

CON. Es posible! Esas palabras nos reconcilian y nos hacen á todos dichosos. (*toca una campanilla y sale Elisa*.) Una escribanía! (*á Roger*.) Considerad, señor, que mi sobrina vá á contraer un matrimonio magnifico; es un partido soberbio, que la conviene, que aprueba y elije, que desea y que, por otra parte, no es una alianza infima, porque hay igualdad de rangos, de nacimiento...

REG. (*queriendo interrumpir á la condesa*.) Pero tia...

ELI. (*vuelve con la escribanía y la pone sobre*

la mesa: la condesa se pone á escribir y en tanto Elisa se acerca á Roger y dice.) Señor coronel... me permitis que os abrace?

ROG. (*abrazándola con efusion.*) Elisa... tú eres aquí la única que me reconoce.

ELI. (*tomando las palabras de Roger tal como suenan.*) Es que no es tan fácil: quién ha de decir que es este aquel pobre soldado tan torpe, tan tímido, viéndole ahora tan buen mozo y con un aire tan marcial y distinguido? Ah! sois mucho mejor que otros; sin duda, infinitamente mejor. (*á Regina.*) No es verdad, señora? Miradle pues... y luego con esas insignias de coronel... ¿Sabeis que debe de ser muy bueno hacer de este modo el camino? Deberse todo á sí mismo, no á la casualidad, y partir de tan bajo para llegar á tanta altura!

ROG. (*apretándola una mano.*) Elisa!

ELI. (*mirando á Regina.*) Y sobre todo, ser coronel! Esto puede conducirnos á todo, y os permite aspirar á todo: porque en la corte de Viena, si no me engano, los coroneles y los duques... allí se van.

CON. (*concluye, se levanta y presenta á Roger el papel.*) He aquí el consentimiento del divorcio, bien completo y perfectamente en regla: nada falta mas que la firma.

ELI. (*atónita.*) Que es lo que dice!

CON. Mi sobrina la primera...

REG. Y creéis?...

CON. Sin duda. (*á Roger.*) Tened la bondad...

ELI. Comol vais á firmar eso?

ROG. Con el mayor placer.

ELI. (*con dolor mientras firma Roger.*) Dios mio, Dios mio! He aquí todo concluido... están separados para siempre!

CON. Gracias á Dios!... y no sin trabajo se ha obtenido: (*doblando el papel.*) pero ya nada se opone á tu matrimonio con el Chambelan.

REG. Nada, si no es que estamos separados; élen poder de estos señores y yo prisionera en este palacio: porque somos prisioneras, tia.

ROG. No es mas que eso, señora? Yo puedo disponer su libertad y la vuestra.

CON. De veras? Podremos marchar?

ROG. Cuando gustéis.

CON. Pero podemos ser detenidas en nuestro viaje por los soldados de la guardia, ó por los destacamentos de nuestro ejército...

ROG. Antes de vuestra partida os daré un salvo conducto, un pase que os pondrá al abrigo de toda incomodidad y peligro.

ELI. (*ap.*) Esto es demasiado!

CON. Tantas bondades! Ven Elisa, ven á disponerlo todo para la marcha. (*á Regina.*) En verdad, sobrina mia, que casi estoy de acuerdo con vos en lo que de él pensais; y por mi parte confieso que merecia haber nacido caballero, y que le encuentro encantador desde que no es mi sobrino.

ELI. (*ap.*) Dejarnos marchar tan generosamente! Ah! que mal hace! (*vase con la condesa.*)

ESCENA XI.

REGINA, ROGER.

ROG. (*toma su sombrero y saluda à Regina que le devuelve una cortesía.*) Una vez que están rotos los lazos que nos unian, recibid un adios, que probablemente será el último.

REG. El último!

ROG. Si señora.

REG. He entendido bien! por qué ha de ser el último?

ROG. Mañana dá nuestro emperador la batalla á sus enemigos, en los campos de Austerlitz.

REG. Y qué importa! Dios que tantas veces ha escuchado mis súplicas, velará mañana sobre vuestra vida.

ROG. No lo deseo.

REG. Por qué?

ROG. Porque me es inútil una existencia sin porvenir, sin esperanzas!..

REG. Yo creo que las vuestras deben ser muy grandes y alhagueñas.

ROG. Pues yo solo veo un porvenir fatal y desastroso!

REG. Por qué.? por qué.? hablad.

ROG. Ese es mi secreto, y nadie le penetrará jamás.

REG. Ni yo tampoco?

ROG. Ni vos.

REG. Hablad, Roger, hablad; os lo suplico; abridme vuestro corazon. ¿ó no soy ya vuestra amiga? Me habeis olvidado, si... no recordais que me pertenecen la mitad de vuestros pesares y alegrías. Peto si lo habeis olvidado, yo lo reclamo y exijo saber vuestro secreto, aunque no considereis otra cosa que nuestra amistad.

ROG. Amistad!.. Sabed que yo alimento un amor imposible y sin esperanza, porque amo á una persona que tiene un corazon insensible; asi es que no se lo revelaré nunca: una mirada suya me hace temblar, y eso que jamás he temblado delante del enemigo!

REG. Tan terrible es el objeto de vuestro cariño!

ROG. Jamás tendré el atrevimiento de desafiar sus miradas... porque me va la vida aun cuando me decidiera á hablar.

REG. Pues yo en vuestro lugar, hablaria.

ROG. Creéis que debo hacerlo? Pues estoy pronto á obedeceros y hablar; si, quiero obedeceros como siempre, aunque muera despues. La persona que yo amo en silencio y sin esperanza, y que debe indignarse al escuchar estas palabras... sois vos!

REG. Como! Roger!..

ROG. Lo veis? Ya prevenia yo la manera con que habiais de recibir mis palabras.

ESCENA XII.

Dichos, LA CONDESA, por la izquierda SILVETRE, precipitado.

SIL. Tenia no encontraros, señor coronel; ven-

go à anunciaros novedades tan grandes como buenas. He visto al emperador.

ROG. Vos?

SIL. Es decir, he querido verle, pero él no ha querido que le vea. Estaba en un salon, delante de una mesa, pensando sin duda en la batalla de mañana: cuando el oficial de servicio, anunció; «Mr. Silvestre,» y desde la antecámara en que estaba esperando le oí yo mismo decir al emperador; «que se vaya á paseo.» Son sus propias palabras, las palabras de un grande hombre. Pero antes de obedecerle, hice que le presentasen el papelito que tuvisteis la bondad de escribir, y por el cual asegurais que existe entre vos y esta señorita un matrimonio de nombre, que jamás se ha celebrado realmente.

CON. Muy bien dicho.

ROG. Y REG. Y qué?

SIL. El papel, que se ha convertido en un autógrafa inapreciable, hele aqui, con algunas líneas mas al pie de la plana, de su propia letra, la letra de un héroe...! por cierto que apenas la pude entender.

ROG. Dadmele; yo la conozco perfectamente: (lee.) dice así: «Me conviene mucho mas, que un coronel de mi guardia se enlace con la antigua nobleza»...

CON. (ap.) Pues á mi no.

ROG. (continua leyendo.) «Por lo tanto apruebo «el enlace, y nombro á Roger conde del Imperio: y en favor de esta union haré gracia «plena y entera al señor Silvestre, el dia en «que este matrimonio quede realmente celebrado.»

SIL. (quitando el papel á Roger.) Gracia plena y entera... firmado, NAPOLEON.

ROG. (con frialdad.) Si, así está escrito.

SIL. El dia en que este matrimonio sea realmente celebrado... realmente: entendeis, coronel, lo que quiere decir?

ROG. Perfectamente; y no hay mas que una dificultad.

SIL. Qué... qué decis?

ROG. Que jamás se verificará realmente este matrimonio.

SIL. Ahora salimos con esal

CON. Concluyamos, señor mio; sabed que estamos todos de acuerdo: tenemos el consentimiento del señor coronel, y el divorcio es cosa corriente. ¿Entendeis? Escrito y firmado por él mismo.

SIL. Eso no es posible!

CON. (te da el papel.) Vello vos mismo.

SIL. (tomando el papel.) Apenas puedo leer... tengo una gasa tupida delante de los ojos... (vuelve á leer, como no dando crédito á lo que ha leído.) «Yo consiento en el divorcio y «si es menester, yo le reclamo... (lee.) Y si es «es menester... yo le reclamo...» Decididamente se ha conjurado contra mí, y no parece si no que se casa y se divorcia para asesinar-me. Pues señor... he aqui mi sentencia de muerte!

CON. Habeis visto lo que dice! (Silvestre contesta en tono de afliccion ridicula.)

SIL. Si, ya he visto que dice... «que le fusilen.»!!! (Regina coje el papel de manos de Silvestre que va á dejarle caer al tiempo que este pasa al lado de Roger.) Y como componemos esto, señor coronel?

ROG. (mirando á Regina.) Esta señorita no puede permanecer unida á un hombre á quien no ama, ni puede amar jamás...

CON. (mirando tambien á Regina que hace un movimiento hácia Roger.) Y sobre todo en el momento de ir á contraer una alianza tan brillante, con una persona que ella ha elegido, que ama y que está impaciente por reunirse á ella.

ESCENA XIII.

Los mismos, ELISA.

CON. Y bien, está todo pronto? (á Elisa.)

ELI. El carruaje espera.

CON. El gran landó?

ELI. Si señora.

CON. Entonces, para marchar solo falta el salvo conducto que el señor coronel ha tenido á bien ofrecernos.

ROG. (después de un movimiento de vacilacion.)

Voy á escribirle, señora. (durante esta escena la condesa va y viene acompañada de Elisa, haciendo preparativos y trayendo cajas de sombreros, abrigos etc.) Funesta partida que me quita toda esperanza. (todo ap.) Pero en donde habla el honor, toda otra afecion debe callar.

REG. (ap.) Qué he de hacer? El suspira y demuestra lo que sufre... pero nada dice, y yo no debo romper el silencio. (mientras Regina se acerca á la mesa en que escribe Roger, dice Silvestre.)

SIL. Miren ustedes que tengo una suerte magnífica Dejar que me fusilen, cuando no tenia otro trabajo que hablar una palabra para salvarme! Esto es insufrible!... no puede ser!

REG. (á Roger.) No habeis concluido aun?

ROG. Aun no... un momento...

SIL. (ap. mirando á Roger.) Que no pudiera yo hacerle añicos la pluma entre los dedos!

REG. Tan largo es?

ROG. Concededme un instante mas; tanto os interesa que concluya?... No puedo forjar letra... apenas veo...

REG. (señalando la bujia que está ardiendo.)

Una sola bujia no puede dar bastante luz. (saca el consentimiento del divorcio, le arrolla, te prende en la bujia que arde y con la llama enciende otra bujia.)

ROG. (asombrado.) Cielos! (se levanta como fuera de sí)

REG. (sonriendo.) Y bien, señor coronel, veis ahora bastante?

ROG. (se arrodilla delante de ella.) Ah! yo temo que mis ojos me engañen!

CON. (*en una de las veces que sale Elisa vé á Roger á los pies de Regina.*) Que es lo que miro! Dios mio!

SIL. No es cosa particular! Un esposo que la quiere con todo su corazon, y una esposa que ha decidido partir con él su destino.

CON. Que disparate! Y el acta de divorcio!

REG. Yo misma la he quemado por una casualidad.

CON. Poco importa! porque yo no consentiré nunca que elijas á un aventurero, á un soldado!...

SIL. Como, como! un conde, si os agrada; un conde del imperio!!

CON. (*suspirando.*) Un conde del imperio! Ay de mí!

SIL. Felicidad inesperada! Al fin este matrimonio vá á ser *real y verdaderamente celebrado!* (*ap.*) No las tengo todas conmigo, y temo que el diablo suscite algun nuevo inconveniente. Yo creo (*d la condesa.*) que el landó de la señora condesa está pronto.

CON. Y qué, sobrina mía, me dejarás marchar sola.

REG. (*inmóvil y con los ojos bajos.*) Creo haber encontrado mi felicidad.

ROG. A ella consagraré el resto de mis dias.

SIL. (*tomando de la mano á la condesa.*) Yo os

acompañaré, si me lo permitis. (*ap.*) Está en nuestros intereses. (*alto.*) Os doy escolta: ¿qué decis, Elisa?

ELI. Que soy muy feliz, porque lo es mi señora: se han cumplido mis fervientes deseos.

CON. Regina?.. Baja los ojos... pero permanece inmóvil!

SIL. Mi cabeza se ha salvado!!! (*d la condesa.*) Podeis escribir al señor Chambelan que busque lo que mejor le convenga, en tanto que yo digo como en otra ocasion y en otra noche: retirémosos y dejemos en libertad á tan felices esposos.

(*Silvestre lleva á la condesa de la mano, la cuál sale mirando á su sobrina. Roger se arroja á los pies de Regina, y dentro se oye marcha triunfal y vivas al emperador figurando su entrada.*)

CAE EL TELÓN.

Madrid, 1848.

IMPRESA DE D. VICENTE DE LALAMA.

Calle del duque de Alba, n. 13.

